

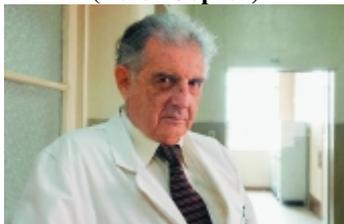
El último adiós de Allende

Revista Que Pasa 5 de Septiembre del 2003

El funeral de Salvador Allende fue una de las primeras tareas que abordó un recién asumido presidente Aylwin en 1990. Los protagonistas de una operación que se manejó en reserva por el temor a una reacción de las FF.AA. recuerdan los detalles del primer homenaje que recibió el extinto mandatario.



(Foto: Copesa)



El doctor Arturo Jirón, ex ministro de Salud de Allende y amigo cercano del extinto mandatario, fue designado por la actual diputada Isabel Allende y su madre para representarlas en el reconocimiento de los restos de su padre. La propia parlamentaria reconoció hace unas semanas que sólo entonces asumió que éste se había suicidado. (Foto: Copesa)



Correa y Egaña: dos de los organizadores de un

**homenaje altamente sensible
para el gobierno de Aylwin.
(Foto: Copesa)**

Entierro presuroso

La multitudinaria ceremonia con la que se realizó el tardío funeral de Salvador Allende, el 4 de septiembre de 1990, contrastó con la rapidez y bajo perfil con el que Hortensia Bussi debió enterrar los restos de su marido al mediodía del 12 de septiembre de 1973, en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar, bajo una fuerte custodia policial.

La única compañía que tuvo entonces fue la de su cuñada, Laura Allende, y de sus sobrinos Patricio y Jaime Grove, además del comandante de la FACH Roberto Sánchez, edecán aéreo del fallecido presidente.

Hortensia Bussi había pedido insistentemente ver el cuerpo de su marido, pero una y otra vez recibió una rotunda negativa por respuesta. Hasta que finalmente abrieron el ataúd y ella sólo pudo ver el sudario que lo cubría.

La imposibilidad de verificar en ese momento que el cadáver que estaba siendo enterrado correspondía al cuerpo de Allende, mantuvo durante casi dos décadas las dudas respecto de la suerte que había corrido el ex gobernante, lo que alimentó las versiones de que Allende había sido asesinado durante el ataque a La Moneda. Sólo 17 años más tarde tal inquietud lograría ser despejada, con lo que se saldaba una deuda, según las palabras de Hortensia Bussi.

"Siempre he dicho que el pueblo de Chile estaba en deuda con Salvador (Allende). Y le debía este homenaje popular, puesto que estuvo 17 años enterrado, anónimamente, en la tumba de la familia Grove y ahora, que estamos viviendo en democracia, uno de los gestos que ha tenido el gobierno es darnos todas las facilidades cuando planteamos el traslado al Cementerio General, donde reposan los restos de muchos ex presidentes", decía Bussi, semanas antes del funeral oficial.

La pifiadera se sintió fuerte el 4 de septiembre de 1990 en los alrededores del Cementerio General. El entonces presidente Patricio Aylwin reconocía su condición de opositor al gobierno de Salvador Allende. Al frente de Aylwin, los restos del extinto mandatario en un funeral que se realizaba 17 años después de su muerte. Los silbidos sólo fueron silenciados espontáneamente cuando el mismo Aylwin planteó que ese día estaba "reparando el injusto error" de que esa ceremonia hubiese tenido que esperar tanto tiempo para realizarse.

Pocos sabían en ese momento que esa _fue una de las primeras tareas que se había autoimpuesto Aylwin desde que aterrizara en La Moneda, seis meses antes. Labor que se inició en abril de ese año, cuando llamó a su oficina al ministro secretario general de Gobierno, Enrique Correa, para encargarle una delicada misión, que debería efectuarse en la más absoluta reserva: trasladar los restos de Salvador Allende Gossens desde el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar, donde se encontraban desde el 12 de septiembre de 1973, y organizar un funeral masivo para el ex mandatario, con todos los honores correspondientes.

La orden significaba no sólo el cumplimiento de uno de los anhelos más sentidos del allendismo, sino un desafío desde todo punto de vista. La realización de un acto con Allende como figura central provocaba temor por la forma en que reaccionarían la derecha y las Fuerzas Armadas en la incipiente democracia. Pero, al mismo tiempo, no hacer una reparación histórica con un ex presidente constitucional significaba mantener una herida abierta en la propia Concertación.

Correa se puso manos a la obra. Citó a su escritorio a sus asesores Jorge Donoso y Javier Luis Egaña, para que comenzaran los preparativos. Mientras el primero -de profesión abogado- inició los trámites que permitirían trasladar los restos de acuerdo a la ley, el segundo formó el equipo encargado de la organización del funeral. Paralelamente, Correa se contactó con la familia Allende para comunicarle la noticia.

Entre los primeros trámites que debió realizar Donoso estuvo concertar una entrevista con la subsecretaria de Justicia de la época, Martita Worner. La idea era que ella instruyera a los funcionarios del Registro Civil para que proporcionaran el certificado de defunción del fallecido presidente, sin desatar sospechas. La sorpresa de la subsecretaria fue tal, que su primera pregunta fue si el presidente Aylwin estaba al tanto.

Mientras Egaña avanzaba a paso firme en la organización del funeral, contactando a la actual directora de la Fundación Teletón, Ximena Casarejos -quien ya había participado en la producción de los actos con que se celebró el inicio del gobierno de Aylwin-, Donoso iniciaba una serie de visitas al camposanto viñamarino. Para las nuevas autoridades de gobierno, lo importante era constatar si la tumba no había sufrido intervenciones durante todos esos años. Según recuerda Donoso, los propios trabajadores del recinto y los pobladores de la zona se habían encargado de vigilar a cualquier grupo que se acercara a la cripta y estuvieron atentos a movimientos extraños.

La exhumación

Debieron pasar muchos años para que la izquierda aceptara la idea de que Salvador Allende se había suicidado el 11 de septiembre de 1973 en La Moneda, a pesar de los distintos testimonios que dieron quienes se encontraban en el palacio presidencial. Ni Hortensia Bussi, la viuda del extinto mandatario, creía esa versión hasta muy avanzada la década de los '80. Durante años no tuvo la certeza de haber sepultado el cuerpo de su marido en la tumba de los Grove Allende. "Nunca pude ver los restos. Por eso siempre dije en el extranjero, en México, que nunca supe si estaba enterrando a Salvador", señaló en septiembre de 1990.

Esa inquietud todavía estaba presente a comienzos del gobierno de Aylwin. Era necesario, por lo tanto, exhumar los restos para verificar si el cuerpo de Allende estaba efectivamente en el Cementerio Santa Inés. Pero la operación debía realizarse con el mayor sigilo, tanto para evitar una controversia política, como para respetar la sensibilidad de la familia. El gobierno sabía que para los Allende Bussi ese momento sería especialmente doloroso, punto que Egaña le planteó derechamente a Isabel Allende. Como resultado, la propia diputada y su madre le pidieron a Arturo Jirón que las representara en el proceso.

El ex ministro de Salud de la Unidad Popular y médico personal de Allende, fue uno de los últimos en abandonar La Moneda el 11 de septiembre de 1973 y de los pocos en ver al mandatario después de que se disparó. Apenas regresó de su exilio en Venezuela, se le pidió que hablara con Hortensia Bussi para confirmarle que su marido se había suicidado. Por las mismas razones, el facultativo parecía a todas luces el más indicado para efectuar el reconocimiento de Allende.

La petición le provocó a Jirón una sensación ambivalente. "Recibí ese encargo con bastante dolor, pero al mismo tiempo con orgullo por la confianza que me otorgaba la familia del presidente. Era una distinción, pero también una misión muy dolorosa", indicó a Qué Pasa en la primera conversación que sostiene sobre un tema al que evitó referirse en todos estos años.

Pocos días antes de la exhumación, fijada para el 14 de agosto, Jirón recibió un llamado del ministro Correa, quien le informó que un auto del ministerio lo recogería a las 18

horas en el Hospital San Juan de Dios, rumbo a Viña. Pasadas las 20 horas, un reducido grupo de no más de diez personas llegó al Cementerio Santa Inés. Jirón, Donoso, Egaña y Casarejos, entre otros, debieron esperar al vocero de gobierno. Aylwin le había pedido especialmente que presenciara la exhumación.

"Todo fue muy tenso", recuerda Jirón. "Llegar al cementerio al anochecer, la caminata... hacía mucho frío, todo estaba muy oscuro. Las luces de los autos alumbraban el camino mientras buscábamos la tumba". Una vez que los sepultureros abrieron la losa, Jirón bajó una escalera de fierro oxidado, de tres pisos. En el último, a mano derecha, estaba la cripta de Allende. Como la madera estaba podrida, el ataúd se rompió. "Fue un momento de profundo silencio. Ahí lo reconocí. Se podía ver su chaqueta de tweed, el suéter, los zapatos y calcetines intactos... y el cráneo partido", cuenta el médico.

Nadie hablaba. El ambiente era sobrecogedor, reconocen varios de los que estuvieron allí. La zona sólo estaba iluminada por el foco del camarógrafo que registraba las imágenes. Jirón subió cuidadosamente y, rompiendo el silencio, expresó "sí, es el presidente", para sumergirse después en un profundo mutismo. Se terminaba así con una incógnita que se había extendido por casi dos décadas.

Desde ese momento, "no escuché nada o no quise escuchar. Lo único que quería era volver. Reviví muchas cosas hermosas y otras tan terribles como los últimos momentos en La Moneda", revela el ex ministro. Luego se realizaría la reducción de los restos de Allende, los que se depositaron en una urna pequeña y después en otra de tamaño normal. Una vez cumplido este procedimiento, una silenciosa comitiva se retiró del lugar.

Funeral con imprevistos

Semanas antes de la exhumación, el grupo encabezado por Donoso, Egaña y Casarejos avanzaba en la organización del funeral, dando cuenta a Enrique Correa y en permanente coordinación con Isabel Allende. Uno de los temas más complejos era garantizar la seguridad de la comitiva que trasladaría los restos a Santiago. Con ese objetivo, los organizadores se reunieron con Carabineros de la zona.

Un personero que participó en la reunión señala que el impacto fue fuerte. "Lo primero que vimos fue una copia del bando de 1973 enmarcado en una pared, pero al mismo tiempo Carabineros se refería a Allende como 'Su Excelencia'. Otro motivo de sorpresa fue el detallado croquis, con tiempo calculado, que habían realizado para graficar cómo se efectuaría el traslado. El último repaso al plan elaborado se realizó el 3 de septiembre en las dependencias del Hotel ÓHiggins, en una reunión que contó además con la presencia del ministro del Interior, Enrique Krauss.

Los objetivos eran claros. Lo que se quería era un acto masivo, que invitara a participar, pero a la vez solemne. Por eso, el diseño contempló el lento paso de la comitiva por las zonas urbanas y una detención en la clausurada puerta de Morandé 80, antes de llegar a la Catedral Metropolitana. Estos dos últimos puntos fueron los únicos que no se cumplieron de acuerdo a lo estipulado. A la entrada de Santiago, inexplicablemente los carabineros aceleraron la marcha de la caravana, saltándose la detención en la puerta de Morandé, por lo que la carroza llegó antes de lo previsto a la catedral. El gobierno se quejaría formalmente después.

Con todo, para los organizadores esos hechos no lograron empañar lo que consideran un acto impecable, en el que participaron miles de personas, una importante delegación de políticos extranjeros y que se desarrolló con un marcado espíritu unitario. "Nos quedamos con una sensación muy fuerte de reparación, de haber hecho lo que teníamos que hacer", dice uno de ellos. Jorge Donoso concluye que una de las cosas más significativas para él, como demócrata cristiano, es "que haya sido Aylwin, un opositor a Salvador Allende, no sólo el que impulsara la realización del funeral, sino además uno de los que le dieran el último adiós al fallecido mandatario".

pte



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”,
CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

